

EL MAKANDAL DE MANUEL RUEDA

José Alcántara Almánzar*

RESUMEN.-

“Las metamorfosis de Makandal” representa la culminación de la carrera poética de Manuel Rueda, que es el gran innovador de la lírica nacional, con una conciencia de modernidad que se manifiesta desde sus primeras obras.

El Makandal plantea uno de los temas recurrentes en la trayectoria poética del autor: la isla partida en dos, condenada a las desventuras de una tierra en la que se enfrentan sin cesar sus dos mitades.

Es a través de la conciencia del “rayano” –testigo de entes culturales opuestos y al mismo tiempo complementarios- que se filtran los elementos de un universo animista, compendio de todos los sincretismos posibles.

Makandal es justamente un “milagroso rayano”, “el demonio de la frontera”, “un brujo mandinga”, “un animal-hombre” que es capaz de transformarse, alternativamente, en ave, pez, mamífero, batracio, camuflando su identidad en otras identidades subhumanas.

PALABRAS CLAVES: metamorfosis, sincretismo, rayano, galipote, cimarrón, pluralismo.

Me complace comentar brevemente *Las metamorfosis de Makandal*, libro que representa la consagración poética de Manuel Rueda, que inició su obra literaria en Chile hace aproximadamente

* Ciencias Sociales, INTEC.

medio siglo y desde entonces ha seguido un proceso ascendente, hasta convertirse en la primera figura de las letras dominicanas. Esto lo digo no sólo por las numerosas vertientes de su labor creadora, de la que provienen textos indispensables en poesía, teatro, narrativa, crítica e investigación folklórica, entre otros, sino por la profundidad de sus enfoques, las excelencias formales del conjunto de su obra, y su visión totalizadora de lo dominicano.

Rueda es el gran innovador de la lírica nacional, con una conciencia de modernidad que se manifiesta desde sus primeras obras. Él ha sabido ser un poeta de su tiempo, sin desdeñar la gran tradición clásica universal; en su momento fue un pluralista osado, a tono con los más complejos experimentalismos vanguardistas del siglo XX; y es aún un hacedor alerta, en busca siempre de sí mismo a través de la mejor poesía, así como un avezado intérprete de las esencias de su pueblo.

El libro que comento pasó mucho tiempo engavetado en la casa del poeta. Si algún mérito corresponde a quien esto escribe, es el de haber logrado que *Las metamorfosis de Makandal* no se perdiera en los laberintos del olvido, haciendo que el autor, desanimado por las inconsecuencias del medio, volviera a interesarse en el manuscrito y comenzara, con renovado entusiasmo, a revisar y corregir unos originales bastante acabados, a los que sólo agregó luego la quinta y última parte, el iluminador "Libro del comienzo y del fin".

Ésta debe ser, a mi juicio, la tarea básica de todo programa editorial: rescatar del anonimato cuanta obra merezca ser divulgada y conocida por las presentes y futuras generaciones; poner de relieve los textos inéditos de los mejores escritores del país, aquellos que, por su probada excelencia literaria y su acertada interpretación de lo nacional, forman parte de nuestros clásicos modernos, y a quienes todos deberíamos leer si quisiéramos conocernos a fondo, intentando desentrañar los enigmas de la patria.

Las metamorfosis de Makandal es un libro que no hace concesiones de ninguna índole. Este libro, que representa la culminación de una carrera poética brillante, ha sido escrito como una especie de viaje a los abismos del ser y la conciencia, mediante versos de una

desnudez impresionante. No hay en él nada gratuito ni complaciente, ni hay rellenos para dar cuerpo a un poema de dimensiones épicas, sólo equiparable a las grandes empresas literarias acometidas por escritores de la estatura de un Saint-John Perse o un Aimé Césaire. Para el autor, lo que cuenta es el hueso, la médula, las descarnadas revelaciones de la palabra, que se sostiene ella misma en cada página, sin otro recurso que el ritmo sincopado de un decir austero, libre de efectismos retóricos, sólo con el lejano eco de un tambor pemonitorio; un libro que se va haciendo a sí mismo, torrencial y fluido, proteico en cada canto, siguiendo el curso de su propia evolución.

En el inicio de la obra, el poeta anuncia sus propósitos, afirmando elocuentemente que la misma es: “Libro de las fronteras”, “anverso y reverso de una geografía enloquecida”. Y en el comienzo del final, lo reafirma con estas esclarecedoras palabras:

“Este es el libro de las milagrerías y los pasmos, de los miedos que siempre me han acompañado desde los días primeros de mi pueblo. Recuento de una infancia rodeada por lo incomprendible, donde el niño auscultaba todas las posibilidades del cielo y de la tierra, empinado, buscando siempre el poder de la palabra, el pulso tan prometedor de la noche, ululante de búhos y de estrellas.”

Nos hallamos, pues, en el centro mismo de lo que ha sido uno de los temas recurrentes en la trayectoria poética del autor desde sus inicios: la isla partida en dos, condenada a las desventuras de una tierra en la que se enfrentan sin cesar sus dos mitades. Isla de turbulencias y horrores de un pasado que se pierde en la noche de la esclavitud africana y el dominio colonial; antilla destinada a padecer sus rencores e injusticias; isla pequeña y sin embargo grande, donde tuvo su origen el ambicioso proyecto de la conquista española; puerta de entrada y centro virreinal, cuna evangelizadora, laboratorio de explotaciones e injusticias, de luchas por la igualdad social que tuvieron repercusión incluso en la propia Europa.

Es a través de la conciencia del *rayano* —testigo de entes culturales opuestos y al mismo tiempo complementarios— que se filtran los elementos de un universo animista, compendio de todos

los sincretismos posibles: étnico, religioso, social y cultural. Son choques y fusiones deslumbrantes, encarnizadas batallas y forzosos encuentros de los cuerpos sudorosos y hambrientos, sensualidad visceral al son de atabales que sirven de fondo a los ceremoniales de la carne y del espíritu. Esta simbiosis étnica se realiza en un ámbito natural impetuoso, salvaje y primigenio, donde las ráfagas del aire y las pasiones humanas tienen la fuerza del huracán, y la dureza de las guazábaras coexiste con las marismas de la costa.

Makandal es justamente un “milagroso rayano”, “el demonio de la frontera,” “un brujo mandinga”, “un animal-hombre” que es capaz de transformarse, alternativamente, en ave, pez, mamífero, batracio, camuflando su identidad en otras identidades subhumanas; galipote astuto y viril que toma cuerpo de ave rapaz o palmípeda, toro o caballo indómito, gallo arrogante y pendenciero, es decir, todas las encarnaciones del macho agresivo, turgente, vigoroso sembrador de la especie en el vientre de las hembras. Estas sucesivas mutaciones de Makandal remiten al capítulo “Las metamorfosis”, de la novela *El reino de este mundo*, del escritor cubano Alejo Carpentier, cómplice del poeta en este viaje a lo más hondo del ser afroantillano, como se deduce por algunos guiños que el autor le hace a Carpentier en las páginas de su obra poética; pero el Makandal de Rueda es un ser mucho más complejo, más sombrío y todopoderoso que el de Carpentier. Es hombre y es mujer al mismo tiempo, afirmando y negando su androginia a cada paso, no para confundir, sino para revelar su condición de ser mítico y múltiple, y de ese intercambio de poderes entre macho y hembra en un solo individuo, fabuloso engendrador de todas las criaturas que pueblan esta isla: “Yo el fuerte Makandal / ¡soy Anaïsa!”.

Rehuyendo las trampas de la historia en el poema, Rueda traza un viaje por el corazón de nuestros infortunios, sin caer en las tentaciones de las cronologías, o la descripción de hechos concretos o situaciones memorables. Están los dioses negros con sus nombres, junto a las vírgenes católicas innombradas que llegaron con los conquistadores, o surgieron de la necesidad de amparo ante el genocidio de indios, para convertirse en patronas de todo un pueblo. Aparece una pantomima del cortejo del rey Cristóbal en la Citadelle,

pero en seguida esta escena se transforma en caricatura de un tiempo presente en el que son posibles todas las deformaciones. Makandal no es blanco ni es negro, sino de todos los colores, amo de todos seres y las cosas, aunque resulta imposible acallar el clamor de los oprimidos de siempre, los negros que heredaron de sus ancestros la desventura de una condición social, económica y cultural que muchos tienen por inferior y que miran con desprecio:

“Abajo los bateyes de negros untados con melaza / la caña doblada como un foete en las manos del capataz / y la escaramuza del voceo / OUE OH OH / que sube en espirales de dolor / dolor de bestia negra ancalada en sus propios desvaríos.”

Todo un abigarrado bestiario sirve de pretexto para introducir la crítica social y política, pues el teatro del absurdo que en la parte subtitulada “Aquelarre” protagonizan la “gallareta mi comadre”, la “cabra barbuda”, el “conejo cimarrón”, la “vaca apopléjica”, “el pavo real encorsetado”, “el murciélago mi tío” y otros animalejos, deriva en una representación tragicómica de nuestro tiempo presente. Así mismo, las tres viejas que entonan su salmodia llenas de picardía y morbosidad, constituyen un recurso dramático de estirpe shakespereana que intensifica el tono amargo y satírico de la crítica al quehacer político local y a la hipocresía eclesiástica. Nada ha escapado a la mirada implacable de quien ha logrado observar de cerca los acontecimientos. Si *olvido* es el otro nombre de la Historia, los cantos de *Las metamorfosis de Makandal* nos recuerdan lo que no debemos olvidar: la farsa de la actividad política, las adulteraciones de la propaganda, las manipulaciones del comercio, el fingido aplauso del clientelismo partidario, la simulación y las máscaras que se enseñorean en las fiestas de oropel y las pomposas reuniones sociales.

Para que encaje a la perfección en el universo sincretista donde es príncipe invencible, Makandal atraviesa las dimensiones de la vida y la muerte, desplazándose desde el mundo de los vivos al de los que yacen bajo sus lápidas funerarias. Makandal el manco es una presencia omnipresente cuya sabiduría milagrera es tan urticante como las rebeldías que lo conducen a la hoguera. Este “muerto

vivo”, este “resucitado muerto” alcanza su purificación a través del fuego, en una sucesión de muertes que lo eterniza en el tiempo. Su mayor transgresión no es su pretensión de inmortalidad, ni los alardes de brujo invencible en el tiempo y el espacio, sino el hecho de haber destapado la caja de Pandora, de la que salen todos nuestros males, o haber enardecido a esa muchedumbre de negros oprimidos que lo venera, o haber puesto al desnudo la invalidez de nuestras leyes, y sobre todo, el escándalo de erigirse en padre y madre de todos, o sea, el sacrilegio de ser uno entre hermanos enemigos, uno que deben compartir los habitantes de esta tierra escindida, marcada por la cicatriz de una frontera en la que se ventilan todas nuestras miserias:

“Yo soy Makandal / Yo soy uno en extensión de dos. / Yo soy uno replegado en ninguno / revoloteando en el vuelo de todas / las muertes y de todas las vidas / de la especie.”

Las metamorfosis de Makandal es también el poema de todos los poemas, libro que resume todos los libros del escritor, en el que se compendian sus preocupaciones y experiencias vitales y estéticas. Es síntesis de lo que ha sido y es como hombre y como artista, desde aquel niño deslumbrado por lo nuevo y lo desconocido, atento a los secretos ocultos bajo la superficie de las cosas; desde aquel muchacho que escuchaba embelesado las historias inconclusas contadas por los viejos, el mismo que aguardaba lo innombrado e intuía las maravillas y los dolores del mundo, hasta el adulto desilusionado que aún no renuncia, empero, a la inocencia:

“(Monte Cristi naciendo / entre flores de sal y entre granados / finos pilares de alba / y la rojez de soles que se demoran en el horizonte. / La avalancha de tus vuelos te trajo hasta aquí. / Y yo en la puerta de la casa esperando.)”

La misma soledad existencial del hombre, la misma ausencia o vacío, el mismo desamparo de la mujer “sola frente a lo solo”, o el de aquel a quien se advierte: “Prepárate a ser tú / prepárate a ser solo y a ser nadie”; esos mismos rasgos los encontramos en el admirable poema titulado “La criatura terrestre”, del libro homónimo, cuyos versos, por su parecido con los del Makandal, nos sobrecogen:

“y siento que estoy solo, que no hay nadie / junto a mí y que me han dejado a oscuras / en un mundo de cáscaras, de sangre / de tenebrosos muros viscerales / por los que trepo en vano, me revuelvo. / ¿Duermes? La soledad me coge el alma. / El secreto es el signo del que nace / y ahora, mientras doy en una puerta / mientras duermes, mientras la frente elevo / me preparo a vivir, a ser lo solo / a establecer mi ruta con los puños / enormes y los ojos enclavados / en lo alto, sintiendo cómo calla / tu carne, cómo cielo y tierra callan / mientras voy a nacer, quedar, morirme.”

Parejas similitudes hallamos en *Las metamorfosis de Makandal* y *Con el tambor de las islas*, texto pluralista publicado hace más de veinte años. En las páginas iniciales del *Makandal* leemos: “Adán tú serás nada / jaula de huesos para que / el ave de Eva vuele / sembradora de rebeldías / y deleites.” Y en uno de los bloques poéticos de *Con el tambor de las islas* aparece:

redondo como mis senos

“*Anda NADA de ADAN y haz el ruido de la noche*

ancho como mi entraña paridora

susurrante como mi respiración”

Este diálogo consigo mismo, a través de los vasos comunicantes de su propia obra, no se agota en los ejemplos citados. Las criaturas primigenias de la creación, el Monte Cristi perdido en los recuerdos de una infancia irrecuperable, la superchería y los padecimientos del rayano, y en especial nuestra desgarrada etnicidad, la interpretación de la frontera, circundada de negros haitianos y negros dominicanos, constituyen imágenes pertinaces que se repiten, una y otra vez, hasta alcanzar su pleno desarrollo en las “Visiones de la tierra” que figuran en *Por los mares de la dama*, en las terribles imágenes contenidas en las “Visiones y elegías” de *Congregación del cuerpo único*, y sobre todo ahora en *Las metamorfosis de Makandal*, libro de las mutaciones, libro de la vida y la muerte, construido sobre los delirios y las oraciones, el deseo y el sueño. “No eres sino Palabra —confiesa el autor en las últimas páginas de la obra—, una seña en el tránsito de tus metamorfosis.”

Ya para terminar, sólo me resta dar las gracias a este altísimo poeta que es Manuel Rueda, por haber entregado generosamente su libro a fin de que fuese publicado, sin otro beneficio que la alegría de que salga a la luz y de saber que ahora iniciará su infinito periplo en manos del público, cuyas miradas, en lecturas múltiples, lo completarán, lo irán metamorfoseando en un tiempo sin término.

MANUEL RUEDA, nacido en Monte Cristi, el 27 de agosto de 1921, es uno de los grandes artistas dominicanos de nuestro tiempo. Como intérprete y educador musical, ha sido considerado como la primera figura de su generación, por sus sobresalientes ejecuciones pianísticas y su ingente labor como Director del Conservatorio Nacional de Música durante veinte años. Su obra poética, desde el soneto clásico contenido en *Las noches*, hasta el experimentalismo pluralista de *Con el tambor de las islas*, es un largo viaje de exploración interior, al mismo tiempo que una búsqueda de las esencias de nuestra identidad nacional. En cuanto a su teatro, a partir del estreno de *La trinitaria blanca*, no ha dejado de innovar la escena dominicana, alcanzando la culminación de su carrera de dramaturgo con *Retablo de la pasión y muerte de Juana La Loca*, obra galardonada en Madrid, España, con el prestigioso Premio Tirso de Molina, en 1995. Además de sus contribuciones en el campo del folklore, que pueden considerarse como indispensables, debido a su riqueza y rigor científico, ha hecho importantes aportes en el campo de la narrativa, como lo prueban sus *Papeles de Sara y otros relatos* y *Bienvenida y la noche*; y de la crítica literaria, de la que hay magníficas muestras en las páginas de "Isla Abierta", suplemento cultural que ha dirigido durante varios lustros consecutivos, además de fungir como Director Ejecutivo de la Fundación Corripio, Inc.

Por sus valiosas contribuciones como poeta, dramaturgo y narrador, ha sido galardonado en numerosas oportunidades con el Premio Annual de la Secretaría de Estado de Educación y Cultura, en los géneros de poesía, teatro, cuento y novela, y en 1994 recibió el Premio Nacional de Literatura, por la obra de toda una vida de consagración a las letras.

Obras publicadas por el autor:

- Las noches* (Santiago de Chile, 1949; Santo Domingo, 1953);
- Tríptico* (en colaboración con Irma Astorga y Víctor Sánchez Ogaz, 1949);
- La trinitaria blanca* (1957);
- La criatura terrestre* (1963);
- Teatro* (incluye *La trinitaria blanca*, *La tía Beatriz hace un milagro*, *Vacaciones en el cielo*, *Entre alambradas*, 1968);
- Adivinanzas dominicanas* (1970);
- Conocimiento y poesía en el folklore* (1971);
- Antología panorámica de la poesía dominicana contemporánea, 1912-1962, Tomo I* (en colaboración con Lupo Hernández Rueda);
- Con el tambor de las islas. Pluralemas* (1975);
- Por los mares de la dama* (1976);
- La prisionera del Alcázar* (1976);
- El rey Clinejas* (1979);
- Las edades del viento. Poesía inédita 1947-1979* (1979);
- Papelas de Sara y otros relatos* (1985);
- De tierra morena vengo* (en colaboración con Ramon Francisco, ilustraciones de Ramón Oviedo y fotografías de Wilfredo García, 1987);
- Congregación del cuerpo único* (1989);
- Materia del amor* (1994);
- Bienvenida y la noche* (1995);
- Dos siglos de literatura dominicana (s.XIX y XX) Poesía y prosa* (en colaboración con José Alcántara Almánzar, 1996).

BIBLIOGRAFIA

Alcántara Almánzar, José

Estudios de poesía dominicana. Santo Domingo, Editora Alfa & Omega, 1979.

Los escritores dominicanos y la cultura. Santo Domingo, Instituto Tecnológico de Santo Domingo. Monografía 21. 1990.

Carpentier, Alejo

El reino de este mundo. Barcelona, Editorial Seix Barnal, S.A., Biblioteca Breve de Bolsillo No. 25, 4ta ed., 1972.

Rueda Manuel

La criatura terrestre. Santo Domingo, Editora del Caribe, C. por A., 1963.

Con el tambor de las islas. Pluralemas. Santo Domingo, Editora Taller, 1975.

Por los mares de la dama. Santo Domingo, Editora Amigo del hogar, 1976.

Congregación del cuerpo único. Santo Domingo, Editora Corripio, C. por A., 1989.

Las metamorfosis de Makandal. Santo Domingo, Publicaciones del Banco Central de la República Dominicana, 1998.